

# Tercer Lugar

DE SEDA Y MEZCLILLA.

Gustavo Armenta

Tengo catorce años escapándome para venir a darte tu regalo de cumpleaños. Siempre, desde entonces, la misma fecha, el mismo obsequio, el mismo lugar. Acudo a la cita como un delincuente, en la madrugada, cuando la plaza está oscura y vacía. Sólo tres o cuatro veces algún policía me ha visto de lejos, pero nunca me han dicho nada, al contrario, se dedican a contemplar mi rito.

Siempre voy como a ti te gusta, con el mismo traje negro y la corbata gris que me regalaste una navidad. Como la primera vez que cenamos juntos, me baño a la medianoche, me rasuro, desempolvo el traje y tu corbata, hasta los mismo zapatos, la camisa y los calcetines; me pongo la rosa en la solapa y salgo a la calle a tomar un taxi. Como un estribillo bien aprendido les digo: "al edificio de Relaciones Exteriores, por favor". Qué abandonada se ve la ciudad a esas horas, sólo la habitan las luces y una que otra hormiga que regresa a su casa con la cabeza agachada. No sabes cómo disfruto el trayecto, pensando en que te veré después de un año de no hacerlo.

Al llegar, luego de pagar, invariablemente me espera el aire frío para acariciarme la cara. Parado en la banqueta observo las nubes y empiezo a caminar con mis manos en los bolsillos, mirando de lejos lo tranquilas que duermen las piedras grises de la plaza, y cómo poco a poco se va llenando de gente y de voces hasta formar aquel murmullo gigante. Todo pasa muy aprisa. Cuando doblo la esquina y me dirijo hacia la iglesia, brillan en el cielo las bengalas de colores, y los gritos y las balas comienzan a pasar a mi lado; pero no tropiezo con nadie y ningún proyectil me toca. Saltando cadáveres atraviezo la explanada para llegar al asta bandera. Me paro frente a ella y espero a que llegues. No tardas mucho. Te apareces como la última vez que te vi, con tu pantalón negro, de satín amarrado a los tobillos, y tu blusa clara de seda, transpirada con sangre —siempre pensé que eras muy elegante para ir a un mitin—, resbalándote abrazada a ese mástil sin barco, con dos balas en el pecho y una en la cintura, diciéndome que me amas con los ojos de la muerte. Entonces, tomo tu mano que no alcancé

ese día y al besártela desapareces. Te miro convertirte en una mancha oscura en el suelo, y me hincó y beso el pavimento mientras me lloran las víceras y el estómago me gira. En la soledad de casi quince años y una plaza enmudecida porque le cortaron la lengua a fuerza de metralla, te doy tu regalo de cumpleaños: la rosa, que deposito al pie del asta, sobre tu sombra, sobre lo que no fuiste, sobre lo que somos nosotros los que sobrevivimos a la olimpiada, a los que escondimos los cuerpos de los muertos como tú, y exhibimos una medalla de oro y otra de plata.

Alguna vez te dije, mientras caminábamos por Reforma, poco después de que llegaste de Orizaba, con tu sonrisa de burguesa provinciana a vivir en esta ciudad, que lo que más deseaba era poder un día escuchar Zorba el Griego, en Atenas; Fina Estampa, en Lima; Alma Llanera, en Venezuela y tangos en el peor bar de Buenos Aires; tú me contestaste que algún día lo haríamos juntos, y yo te creí. Pero los soldados te hicieron mentir, no permitieron que cumplieras tu promesa, y a cambio te convirtieron en la Adelita contemporánea que cargaba volantes en lugar de carrilleras.

Tres lustros después hago la cuenta de cuántos besos míos cambiaste por tres pedazos de plomo; de la ropa fina que se quedó en tu armario sin ser estrenada; de las botellas de vino tinto que se agriaron cerradas; los discursos que nos ahorramos. Tres trozos de metal, tres, fueron suficientes para acabarnos.

Hoy pienso que la culpa fue mía por no haber previsto todo antes de que sucediera. La fecha de tu nacimiento era muy clara: 23 de septiembre, y nadie que recuerde ese día puede ser bueno para este sistema en que vivimos. Claro que entonces no significaba nada, pero tal parece que la consigna anticipada era desaparecer todo lo que tuviera algo que ver con ella, aunque sólo fuera la coincidencia de un parto. Debí adivinarlo. ¿Por qué no llegaste al mundo un primero de diciembre o un cuatro de julio?, quizá ahora vivirías del presupuesto.

---

En fin, nuestro año y medio juntos era demasiado bueno para ser cierto. También lo era la lucha de aquellos días, la ilusión de un país nuevo, la candidez de cambiar consignas por balas, el pensar que a mí me matarían primero por ir de mezclilla y no de seda, creer que el amor se acaba con la muerte.

Después de dejar la rosa en el suelo y de pensar todo esto que consuela mis intestinos, me pongo en pie mientras los grillos me cantan y levantan el puño. Los adivino escondidos en el pasto sintiendo lo mismo que yo. Tal vez sus abuelos también murieron ese día, no por las balas, sino de vergüenza.

Cuando el alba comienza a rozarme los ojos, abandono la rosa y con las manos en las bolsas, revivo solitario la marcha del silencio.

Ahora sé que ya no quiero oír todas esas canciones en todos esos países, las balas me enseñaron que el amor es como la muerte, siempre llega en el momento preciso, nunca tarde, nunca temprano, te abraza y nunca más te suelta.

Después de celebrar otro cumpleaños tuyo, me voy creyendo que nuestra separación no fue inútil, de algo sirvió, algo cambió, no como lo queríamos, pero este país se divide en antes y después de tu blusa perforada, y regreso a casa recordado la canción que advierte: "yo pisaré las calles nuevamente de lo que fue Santiago ensangrentada, y en una hermosa plaza liberada me detendré a llorar por los ausentes".

Me marchó, y el sentimiento se vuelve un dolor lejano, desvanecido, ajeno, no mío, sino de aquél que estuvo contigo un día, aquí, donde te recuerdo.

## YO PISARE LAS CALLES NUEVAMENTE

*(canción de Pablo Milanés, cubano, dedicada a los caídos durante el golpe militar en el que Pinochet derrocó a Salvador Allende, en Santiago de Chile).*

Yo pisaré las calles nuevamente  
de lo que fue Santiago ensangrentada,  
y en una hermosa plaza liberada  
me detendré a llorar por los ausentes.

Yo vendré del desierto calcinante  
y saldré de los bosques y los lagos,  
y evocaré en un cerro de Santiago  
a mis hermanos que murieron antes.

Yo unido al que hizo mucho y poco  
al que quiere la patria liberada  
dispararé de las primeras balas  
más temprano que tarde sin reposo,  
retornarán los libros las canciones  
que quemaron las manos asesinas  
renacerá mi pueblo de sus ruinas  
y pagarán su culpa los traidores.

Un niño jugará en una alameda  
y cantará con sus amigos nuevos  
y ese canto será el canto del suelo  
a una vida cegada en la moneda.

Yo pisaré las calles nuevamente . . .